

FRIEDRICH NIETZSCHE

El nihilismo: Escritos póstumos

SELECCIÓN Y TRADUCCIÓN DE GONÇAL MAYOS

PENÍNSULA

BARCELONA

PRESENTACIÓN

Los escritos póstumos de Nietzsche son, sin duda, la parte de su obra más desconocida para el público en lengua española. No sólo porque carecen todavía de una traducción solvente y una edición crítica, sino porque hasta ahora se han presentado fragmentariamente y siempre partiendo de la muy deficiente edición dirigida por su hermana Elisabeth, que introdujo innumerables tergiversaciones y omisiones, en buena medida encaminadas a facilitar una interpretación racista y nazi *avant la lettre* del pensamiento de Nietzsche. La presente selección toma como base la edición crítica llevada a cabo por Giorgio Colli yazzino Montinari (*Nietzsche Werke. Kritische Gesamtausgabe, Nachgelassene Fragmente 1885-1889, 3 vols.*, Berlín-Nueva York: Walter de Gruyter, 1970-1974), que elimina definitivamente esos inconvenientes. El tema primordial que tratan las páginas siguientes es el del nihilismo, pero también recogen otros asuntos con vistas a mostrar la riqueza y variedad de esos escritos póstumos. Así, el lector puede hacerse cargo de la dirección global que

tomaron las reflexiones y los intereses de Nietzsche en sus últimos tres años de lucidez (1885-1888).

El lector poco familiarizado con Nietzsche hará bien en enfrentarse a este texto con el espíritu que el propio Nietzsche recomendaba a la hora de acceder a dos de los pensadores que más amaba y-a la vez odiaba: el fragmento ¹⁵[35] dice: «Indignamente se ha intentado ver a Wagner y Schopenhauer como tipos de enfermo mental: se habría obtenido una perspectiva muchísimo más esencial precisando científicamente el tipo de *décadence* que ambos representaban». Al margen del carácter específico de la personalidad y la biografía de Nietzsche, parece adecuada una misma perspectiva para abordar su pensamiento. Más interesante que aplaudir con entusiasmo o rechazar de plano sus ideas es analizar lo que en ellas refleja adecuada y fielmente aspectos fundamentales de la situación contemporánea, es decir, del tipo de decadencia o de revitalización-según los puntos de vista-que Nietzsche representa en nuestra cultura. En sus afirmaciones se deja sentir siempre una inagotable capacidad para dar cuenta de muchos de los comportamientos y de las mentalidades actuales. Y naturalmente comprendemos entonces que aproximarse a Nietzsche es en buena parte aproximarse a lo esencial de los tiempos actuales: ya se atribuía él mismo la condición de síntoma, al mismo tiempo que repudiaba la

de causa. Probablemente ni Nietzsche ni el nihilismo son las causas de la contemporaneidad, pero sí dos de sus síntomas y signos más claros, más significativos y más potentes.

Otro modo de acceder a los diversos textos seleccionados es considerar el aforismo 9[78] como emblemático de la perspectiva filosófica nietzscheana: «Quien sabe como se forma toda fama también albergará sospechas contra la fama de que goza la virtud». Esta proposición se puede generalizar y ampliar con la sustitución de la palabra *virtud* por las que Nietzsche va considerando a lo largo de su obra: religión, moral, valores, bien, verdad, ser, lo eterno y absoluto, conocimiento, ciencia, sujeto, lenguaje, ideales, justicia, política, democracia, liberalismo, paz, ascetismo, belleza y-no nos detengamos aquí y vayamos a aspectos más tradicionalmente criticados-antisemitismo y superioridad racial, patriotería, lo «alemán», gregarismo, conformismo, mediocridad, falsa modestia, pasividad permanente, retraimiento temeroso, hipocresía, renuncia sistemática, miedo a vivir, cobardía, amor y caridad artificiales, obediencia debida, alienación individual y colectiva, culpabilidad paralizante, dominio por el dominio, incapacidad para pensar más allá de lo inmediato, el más allá o la utopía que sustituye el ahora y aquí... La enumeración no es exhaustiva, pero no se aparta en lo más mínimo del

pensamiento de Nietzsche, de su vigorizadora sospecha y de su crítica fulminante a todos los falsos ídolos. Nietzsche-a quien se ha querido incluir, junto con Marx y Freud, en una hipotética «escuela de la sospecha»-va extendiendo siempre la sospecha sobre los orígenes y funciones fraudulentos, inmorales o, simplemente, no inmaculados, con una actitud que expresa perfectamente el fragmento 10 11541: «MI INTENCIÓN, mostrar la absoluta homogeneidad en todo lo acontecido y la aplicación de la distinción moral tan sólo como condicionada perspectivamente; mostrar como todo lo alabado en la moral es esencialmente idéntico a todo lo inmoral y como todo desarrollo de la moral sólo ha sido posible a través de medios inmorales encaminados a fines inmorales».

SOBRE EL NIHILISMO

En la obra de Nietzsche el nihilismo aparece tardíamente. Toma el término de Paul Bourget, que lo utiliza en *Essais de Psychologie contemporaine* (1883). Este autor advertía sobre la aparición y crecimiento de una «gran enfermedad europea», detectada en escritores como Baudelaire, Flaubert, Renan o los Goncourt, que él definía como «un mortal cansancio de vivir, una tétrica percepción de la vanidad de todo esfuer-

zo». A despecho de esta tardanza, la realidad que designa el término *nihilismo* estaba presente en el pensamiento de Nietzsche desde hacía tiempo, si bien se expresaba como *pesimismo, decadencia, degeneración vital, muerte de Dios o voluntad de nada*. Así, por ejemplo, en el fragmento 17[8] dice: «No se ha comprendido lo que, sin embargo, es palpable: que el pesimismo no es un problema, sino un síntoma, que la cuestión de si el no-ser es mejor que el ser es ya una enfermedad, un declinar, una idiosincrasia... El movimiento pesimista no es más que la expresión de una decadencia fisiológica». Es significativo que ya la primera gran obra de Nietzsche, *El origen de la tragedia*, que en 1872 se titulaba *a partir del espíritu de la música*, pase a denominarse en 1886 *El origen de la tragedia o helenismo y pesimismo*. Por otra parte, la que había de ser su gran obra de madurez, *La voluntad de poder* *Ensayo de una transvaloración de todos los valores* según el proyecto de 1887 recogido en *La genealogía de la moral*, estaba previsto que constara de una primera parte-de las cuatro-titulada «Historia del nihilismo europeo». Resulta evidente que muchos de los textos recogidos en esta selección habían de formar parte de dicha obra, nunca concluida.

Nihilismo es en la obra de Nietzsche algo profundo y polivalente («Es EQUÍVOCO» 9135¹). Un análisis realmente fructífero y profundo exige que se hable de

nihilismos en plural y con diversos adjetivos, en vez de nihilismo en singular. Así lo hacen-ofreciendo distintas clasificaciones de los diversos nihilismos-autores como Heidegger, Deleuze, Djuric o Granier, que, tratando de completar y sistematizar una tendencia ya explícita en el propio Nietzsche, han esbozado denominaciones como: nihilismo incompleto, pasivo, activo, negativo, reactivo, clásico o extático, realizado e irrealizado, etc.

Es posible también otra clasificación y denominación: en primer lugar hay que distinguir entre el nihilismo que tiene conciencia de sí y se reconoce como tal, que podría llamarse nihilismo explícito, y el que no se sabe tal e incluso se considera el gran adversario del nihilismo, el nihilismo implícito. El primero puede a su vez ser dividido, como hizo Nietzsche, entre activo (toma de conciencia del nihilismo que es presa de la desesperación) y pasivo, incapaz de oponer alternativas o respuestas a la nueva situación. El activo, en el cual hay que situar propiamente a Nietzsche, no claudica ante la nueva situación y reacciona de manera creativa y destructiva (ambas se implican mutuamente) cambiando los valores viejos y caducos por otros nuevos y revulsivos-si se quiere: nuevas máscaras y fábulas.

En tiempos de Nietzsche y hoy mismo es el nihilismo explícito pasivo el que más grandes clamores y de-

bates levanta. Los precedentes se remontan a las acusaciones de Jacobi a ciertos filósofos, también está presente en algunos románticos como Jean Paul y se consolida en los nihilistas o anarquistas rusos que a partir de 1860 negaron violentamente todo tipo de autoridad y orden social. Es el caso, a pesar de las divergencias, de Chersnishevski, Dobroliúbov, Pisarev, Bakunin y Necháiev. Dostoievski, en el prefacio a los *Discursos de Pouchkine* y en sus novelas, reflejaba esta concepción: situación desprovista de valores verdaderamente incuestionables que se pudieran contraponer a los tradicionales y decadentes, la cual crea en los hombres la más absoluta incredulidad, una tendencia hacia la autodestrucción -y aun el suicidio--y una visión absolutamente desengañada del hombre y de la existencia. Reflejaba la conciencia del gran vacío dejado por lo que Nietzsche llamaba la «muerte de Dios», el cual conducía a las famosas consignas «si Dios no existe todo está permitido» y «todo vale porque ya nada vale». A esta situación Nietzsche la llama «fatalismo ruso, aquel fatalismo sin rebelión en virtud del cual un soldado ruso a quien la campaña le resulta demasiado dura acaba por tenderse en la nieve. No aceptar ya absolutamente nada, no tomar nada, no acoger nada dentro de sí, no reaccionar ya en absoluto...». (Es lo que Deleuze califica de «pesimismo de la debilidad»: habiendo nacido de la desvalorización de

la vida, culmina en la desvalorización absoluta, en la muerte y en la nada.) El nihilismo pasivo todavía vive en la protesta y añoranza del absolutamente perdido viejo mundo de seguridades. Según el aforismo 9[60] «Un nihilista [pasivo] es el hombre que, del mundo tal como es, juzga que no debería ser y que, del mundo tal como debería ser, juzga que no existe. En consecuencia, la existencia (actuar, sufrir, querer, sentir) no tiene sentido; el *pathos* del «en vano» es el *pathos* nihilista». No es difícil percibir la influencia de esta tradición en el existencialismo de entreguerras y en la angustia contemporánea ante la conciencia del hombre como ser «arrojado» a la existencia en un mundo incomprensible y sin sentido.

Nietzsche respeta la lucidez, la valentía y la sinceridad que son capaces de enfrentarse a la situación real del hombre, pero se desmarca muy pronto y totalmente de ellas, por considerar que constituyen un «nihilismo incompleto» (10[42]). Ya en *La gaya ciencia* ridiculiza este «nihilismo al estilo de Petersburgo (es decir, la "creencia en la incredulidad" hasta el martirio)». Contraponiéndose a esta actitud llegará al extremo de definirse a sí mismo como «antinihilista», podemos decir que se sitúa frente a todos los tipos de nihilismo que hemos mencionado. Así, dice en *La Genealogía de la moral*: «tiene que venir a nosotros el hombre redentor, el hombre del gran amor y del gran des-

precio, el espíritu creador [...] Ese hombre del futuro, que nos liberará del ideal existente hasta ahora y asimismo de lo que tuvo que nacer de él, de la gran náusea, de la voluntad de la nada, del nihilismo; ese toque de campana del mediodía y de la gran decisión, que de nuevo liberará la voluntad, que devolverá su meta a la tierra y su esperanza al hombre; ese anticristo y antinihilista, ese vencedor de Dios y de la nada-alguna vez tiene que llegar...». Y Nietzsche añade que ésta es la tarea que le está destinada a un «futuro» «Zaratustra el ateo».

El nihilismo activo, por contra, no queda como una esperanza dependiente de la futura revelación de Zaratustra, sino que es una realidad abierta ya al presente y que contiene mucho de lo que Nietzsche expresa con términos como «superhombre», «voluntad de poder» y «amor fati». No se trata, pues, de una nueva perspectiva trascendente ni de un extraño destino futuro que hoy se nos niega totalmente. Para Nietzsche el nihilismo activo, en tanto que transvalorador, tiene una dimensión positiva y creativa: no hay contradicción entre nihilismo o amoralidad y creación positiva (con el más alegre y arriesgado decir sí); como dice en *Crepúsculo de los ídolos*, «nosotros los inmoralistas hemos abierto, por el contrario, nuestro corazón a toda especie de intelección, comprensión, aprobación. No nos resulta fácil negar, buscamos

nuestro honor en ser afirmadores». No en vano el fragmento 16L32] define la posición filosófica y vital del autor de la siguiente manera: «Una filosofía experimental tal como yo la vivo incluso anticipa a modo de ensayo las posibilidades del nihilismo radical: sin que con ello se quiera decir que se limite a un no, a una negación, a una voluntad de negar. Muy al contrario, quiere llegar a lo diverso-hasta un dionisiaco decir-sí al mundo tal como es, sin objeción, excepción ni selección-, quiere el ciclo eterno-las mismas cosas, la misma lógica e ilógica del encadenamiento-. El estado superior que un filósofo puede alcanzar es ser dionisiaco con la existencia. Mi fórmula para ello es *amarfati...*». La apertura a la transvaloración activa (dándose incluso nuevos valores, nuevas fábulas e interpretaciones) en función de la propia vida marca para Nietzsche el paso del nihilismo pasivo al activo.

El nihilismo pasivo y explícito, pues, es un estadio intermedio y provisional; el nihilismo implícito-el que no sabe que lo es-, enmascarado e hipócrita, es vencido por el primero, el «nihilismo práctico» que adopta la radical actitud crítica expresada en la frase: « ¡prefiero que nada sea verdad a que vosotros tengáis razón, a que vuestra verdad tenga razón!». El nihilismo implícito es la condición de posibilidad de la afloración del explícito-pasivo. Nietzsche se muestra aquí uno de los autores más radicalmente subversores de

todos los tiempos, pues descubre que tal nihilismo no es otro que el omnipresente en la tradición occidental desde Sócrates y Platón: la tradición que circula por el cristianismo, la moralidad, el humanismo, el racionalismo, el idealismo y el socialismo y que se caracteriza por el rechazo de la vida, del mundo, de la naturaleza, del cuerpo, del ahora y aquí. La tremenda acusación de Nietzsche, sin embargo, va mucho más allá de la identificación del cristianismo con el nihilismo-implícito y negado, claro está-: incluye la práctica totalidad de la tradición social, filosófica y cultural de Occidente. El decadentismo, el pesimismo, el *spleen*, la *malheur*, el malestar de la cultura o la angustia existencial que comenzaban a manifestarse en su época no eran sino la consecuencia y el resultado no deseado-y negado como tal resultado-del profundo nihilismo implícitamente dominante en la tradición occidental. Este nihilismo implícito es una reacción contra la cosmovisión anterior a su advenimiento que Nietzsche llama aristocrática y aun trágica. Se refiere esencialmente a la época arcaica y presocrática de los griegos: época regida por una moral de señores, por los dos principios apolíneo y dionisiaco. Posteriormente la tradición occidental eliminó el segundo.

Ésta es nihilista porque ha mantenido siempre una declarada guerra contra la vida y el mundo presente desde aun pretendido mundo trascendente de la ver-

dad y la revelación. En esta perspectiva, religión y metafísica se dan la mano y se identifican en lo esencial: entronizan una verdad y un ser supremo a los cuales lo sacrifican todo. El anhelo de verdad y de revelación que alienta tanto en la metafísica como en la religión se cobra el precio de la vida más propia, mundana e individual, y por tanto es «voluntad de nada», de «muerte». El persistente intento de sustraer al hombre todo instinto, impulso, deseo y pasión ha motivado que el anhelo consustancial al ser humano-su *conatus* en términos de Spinoza-, no encontrando ningún cauce por donde circular, se revele contra sí mismo: «el hombre prefiere querer la nada a no querer» (*La genealogía de la moral*). El resultado de todo ello es el autoodio del hombre, la negación y la autodestrucción. Así identifica Nietzsche la sumisión a Dios, el reduccionismo al ser y lo idéntico, el ascetismo y el conformismo y todos los valores ideales y trascendentes.

Así las cosas, Nietzsche entendió que la situación esencial de su tiempo-y en cierta manera del futuro-conducía necesariamente a la elección entre tres posturas o actitudes que corresponden a la clasificación de los tipos de nihilismo. Por una parte, cabe la posibilidad de continuar negando la «muerte de Dios» y cerrar los ojos a la realidad de los tiempos, de permanecer en un nihilismo implícito que niega ser-

lo a pesar de su consustancial enemistad con la vida y que incluso cree reaccionar contra el nihilismo al reivindicar los viejos valores-sin darse cuenta de que con ello no provoca sino la profundización del proceso y el bloqueo de cualquier alternativa o salida.

Por otra parte es posible la actitud de reconocer la «muerte de Dios» y la situación nihilista actual con todo lo que implican, pero renunciando también a cualquier alternativa o salida. Con ello, si bien se ha asumido y explicitado el nihilismo, no se supera lo terrible de la nueva situación, del acto mismo de la «muerte de Dios». Se incurre entonces en el nihilismo pasivo, desencantado, angustiado y meramente destructivo: como aquel guardián de tumbas del *Zarathustra* que después de tener el valor de abrir el féretro y comprobar su vacío, es incapaz de abandonar una vigilancia ahora absurda, pues no sabe hallar otra cosa que dé sentido a su vida.

Finalmente, la tercera opción es el nihilismo activo, transvalorador y reafirmador: el de Nietzsche. En él la voluntad de poder se pone al servicio de la vida, del ahora y aquí, para proyectarse creativamente sobre el vacío-pero a la vez apertura-de la «muerte de Dios» a base de construir nuevos valores, nuevas fábulas, nuevas interpretaciones, incluso nuevas máscaras, que mantengan la necesaria tensión entre el velo apolíneo y la dionisiaca manifestación del trasfondo de

toda existencia. Esta tercera opción no puede reivindicarse en función de valores objetivos, eternos y «verdaderos»: por eso tiene que aventurarse en un proceso indefinidamente abierto de transvaloración y de autocreación sin meta prefigurada, ni transcendencia ni más allá. En *La gaya ciencia* afirma Nietzsche: «¡nosotros queremos "ser lo que somos: los hombres únicos, incomparables, los que se dan leyes a sí mismos, los que se crean a sí mismos».

SOBRE LOS TEXTOS

Esta traducción refleja el estilo libre y fragmentario del original. Sacrifica un estilo más elaborado o «redondo», que sugiere el texto y que seguramente habría alcanzado con una revisión de Nietzsche, al respeto por el momento creativo y por el documento que nos ha sido legado. Se respeta la puntuación del original alemán, con ciertas salvedades-en cuanto a la proliferación de dos puntos, por ejemplo-adoptadas para no desorientar al lector. Al vertir al castellano algunas palabras fundamentales (por ejemplo «transvaloración») se ha tenido en cuenta la traducción canónica de Andrés Sánchez Pascual; también en el caso de «das Seiende» nos han convencido la opción y razones de Joan B. Llinares.

En ocasiones se ha seleccionado sólo cierto fragmento de un texto, pero evitando tergiversar o amputar el discurso. El objetivo no era extrapolar frases rotundas-cosa fácil pero muy traidora-sino mantener al máximo la argumentación y el estilo narrativo: aun reconociendo-y precisamente por ello-que a menudo Nietzsche solía demorar hasta una posterior elaboración el desarrollo pormenorizado de sus afirmaciones. Se ha perseguido un equilibrio, ya presente en la obra póstuma misma, entre los aforismos, las sentencias y máximas breves, por un lado, y las reflexiones y meditaciones de mayor extensión por otro.

En cuanto a la numeración de los fragmentos seleccionados, sigue la de Colli y Montinari. Nuestro volumen se ciñe a la sección VIII y última de su edición de las obras completas de Nietzsche, es decir, a la correspondiente a los escritos póstumos (1885-1888). En estos años Nietzsche registró gran cantidad de pensamientos en diversos cuadernos y múltiples hojas sueltas. Aunque Nietzsche quemó o hizo desaparecer algunos esbozos que sirvieron para la redacción definitiva de ciertas obras (por ejemplo las adiciones a *La genealogía de la moral*), la mayor parte de las veces conservó los apuntes y los ordenó de diversas maneras (a veces arrancando páginas de sus cuadernos y confeccionando nuevos legajos). En ocasiones añadió anotaciones al margen, como números romanos o títulos,

que son otros tantos intentos de clasificación, a menudo abandonados. Estas anotaciones, que conserva la presente edición, posibilitan que lector conozca esas manipulaciones. En aquellas ocasiones en que se ha suprimido algún fragmento de una cita, la omisión se indica con puntos suspensivos entre corchetes ([...]).

La complejidad del proceso creativo nietzscheano dificulta la exacta datación y situación de los textos en el desarrollo del pensamiento de su autor. Los textos de la sección VIII, la que nos ocupa, fueron la cantera de la práctica totalidad de las últimas obras de Nietzsche: *Crepúsculo de los ídolos*, *El caso Wagner*, *El anticristo*, *Ecce homo*, *los Ditirambos a Dionisios*, así como la proyectada *Voluntad de poder*, y de panfletos inacabados como *Nietzsche contra Wagner* y *La gran política*. A pesar de las dificultades, Colli y Montinari lograron establecer el recorrido y los usos concretos de los diversos materiales. Con su edición han fijado la notación y ordenación canónicas entre los estudiosos de Nietzsche. Al final de cada cita de esta selección el lector encontrará una doble numeración: la primera, entre i y 25, designa las agrupaciones de textos redactados entre unas fechas determinadas; la segunda, que aparece entre corchetes, indica el fragmento concreto dentro de esas agrupaciones.

G. M.

El nihilismo

Fragmentos póstumos

Apéndice

VIDA Y OBRA DE FRIEDRICH NIETZSCHE

Nietzsche nace en 1844, en el pueblo de Röcken; cerca de Leipzig, en el seno de una familia profundamente religiosa: sus antepasados por ambas ramas son pastores de la iglesia luterana. A los cinco años muere su padre, al parecer de una enfermedad mental que tal vez heredó Nietzsche; a partir de este momento, el núcleo familiar queda reducido a Friedrich y cinco mujeres. Tras de su paso por una escuela aristocrática, comienza a estudiar teología. Sin embargo, y con gran oposición familiar, pronto abandona esta disciplina en favor de la filología clásica. Sus grandes dotes le granjean el respeto de su maestro Friedrich Ritschl, quien lo propone para la cátedra de filología clásica de la Universidad de Basilea en 1869, incluso antes de que Nietzsche sea doctor. Obtendrá este grado inmediatamente, por convalidación de trabajos anteriores sobre Teognis de Megara y Diógenes Laercio. En Basilea conocerá a algunas de las personas que más influyeron en su vida: Richard Wagner, el historiador Jacob Burckhardt y el teólogo Franz Overbeck; el pri-

mero marcará sus próximos años: juntos conciben el proyecto de recuperar el espíritu y la civilización trágica. También conoce a Heinrich Köselitz, que será el fiel amanuense de Nietzsche en los años en que éste tenga problemas de visión; por ello recibe el amistoso apodo de «Peter Gast»: Pedro «huésped» o «parroquiano».

Nietzsche ha renunciado a la nacionalidad prusiana y se ha convertido en apátrida, pero participa como voluntario en la guerra franco-prusiana, en el curso de la cual contrae disentería y difteria. En 1872 publica *El origen de la tragedia a partir del espíritu de la música*, que recibe críticas hostiles del sector filológico: se le llega a considerar «filológicamente muerto». Los elogios de Wagner y de Erwin Rodhe, también filólogo, no mitigan el enfrentamiento: esta obra marca la ruptura de Nietzsche con la filología y la vida académica en general.

En 1873 escribe *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral* y edita su primera intempestiva contra David Strauss. Conoce al que será el amigo de los próximos años, el judío Paul Rée, mientras se incrementan sus problemas de salud: cefáleas, vómitos, dolores oculares. La segunda edición (muy ampliada) de *El origen de la tragedia*, en 1874, agranda el alejamiento de la filología académica: Nietzsche va definiéndose como un pensador «intempestivo». Publica «Sobre la utili-

dad y la desventaja de la ciencia histórica para la vida» y «Schopenhauer como educador». A partir de 1876 la salud lo obligará a viajar: como compañeros elige a Rée, Malwida von Meysenburg y el matrimonio Wagner. La cuarta y última intempestiva, contra Wagner, marcará la ruptura con éste, confirmada en *Humano, más que humano: Un libro para espíritus libres*.

En 1879 se jubila, de común acuerdo con la Universidad de Basilea; a partir de entonces recibirá una modesta pensión. La nueva situación le permite ahondar y radicalizar su pensamiento: desarrolla el análisis genealógico, que se ocupa de iluminar el proceso por el que se constituyen los grandes ideales culturales. En 1880 publica *El viajero y su sombra*. Mientrastanto, su salud se ha deteriorado; en una nota a su médico dice: «mi existencia es una carga temible; hace mucho tiempo ya que la habría lanzado lejos de mí, si no fuera porque, precisamente en este estado de mis sufrimientos [...] he hecho los ensayos y experimentos más instructivos en los campos espiritual y ético [...] un dolor permanente, un sentimiento muy semejante al mareo, durante muchas horas al día, una hemiplejía que me dificulta el habla y, para variar, ataques furiosos [...] es una cosa que no para, el dolor constante y la presión en la cabeza, en los ojos, y aquella sensación de parálisis desde la cabeza hasta la punta de los pies». Sin embargo, lejos de sentir compasión de sí

mismo, Nietzsche siempre consideró muy relevante la vinculación entre enfermedad y creación.

En 1881 publica *Aurora: Pensamientos sobre los prejuicios morales* y el año siguiente *La gaya ciencia*. Por esta época se ha enamorado de Lou von Salomé, que no le corresponde pero será un constante acicate intelectual: Nietzsche siempre la alabaré, e incluso musicó su poema «Oración a la vida».

El periodo 1883-1886 es el más enigmático: afloran un misticismo y un mesianismo exaltados y un profundo simbolismo. Publicación de *Así habló Zaratustra*. El estilo de esta obra, diferente del resto de la producción nietzscheana, se ha convertido al cabo de los años en el más conocido de los diversos registros que empleó nuestro autor, y lo mismo sucede con dos ideas del libro: el eterno retorno y el superhombre. Una época negra (ruptura con Rée y Lou, muerte de Wagner, enfrentamiento con la hermana Elisabeth, que se acaba de prometer con el agitador antisemita Bernhard Förster) coincide con una etapa de intensa actividad creadora. Inicia el plan terapéutico que le llevará a Sils-Maria en verano y a Niza en invierno.

A partir de 1886 el estilo y la actitud crítica se extreman. Publica por cuenta propia *Más allá del bien y del mal: Preludio de una filosofía del futuro* (donde anuncia su futura obra, nunca concluida, *La voluntad de poder*) y reedita con nuevos prólogos sus obras anterior-

res. El ritmo es frenético: en 1887 aparece *Para la genealogía de la moral*, un escrito polémico y en 1888 *Wagner. Un problema para músicos y Crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*; deja listos para publicar, entre otros, *El anticristo: Maldición contra el cristianismo*, *Ecce homo: Cómo se llega a ser lo que se es* y *Nietzsche contra Wagner: Documentos de un psicólogo*.

Después de periodos de recuperación, y habiendo enviado a los amigos cartas con claros signos de locura, sufre un colapso en Turín (1889). Overbeck le ingresa en una clínica y recoge todos los manuscritos y notas. Se le diagnostica parálisis progresiva, quizá complicada con la sífilis. Su estado es muy variable: se alternan episodios exaltados y delirios persecutorios con fases de sosiego. Primero su madre y después Elisabeth (cuyo marido se ha suicidado a causa del fracaso de sus proyectos racistas) se hacen cargo de él. Köselitz inicia una edición de las obras completas que bloquea a la hermana, quien en 1894 funda el archivo Nietzsche y controla en adelante el patrimonio. Nietzsche empeora hasta el punto de quedar paralizado; muere en i goo.

G. M.